



FUNDADOR: PABLO IGLESIAS

ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTAVOZ DE LA U. G. T.

1931

Jornadas de Abril

El amigo que frecuentemente viene a casa para regalar periódicos de España, me ha traído hoy un gran paquete de diarios y revistas, pero esta vez todos viejos. Son ejemplares de «A B C», «Estampas» y «Crónicas» correspondientes al mes de Abril de 1931. Sus informaciones y fotografías están principalmente dedicadas al nacimiento de la segunda República española. En las informaciones toco frecuentemente con mi nombre y en las fotografías con mi retrato. Una procesión de sucesos así evocados desfilan por mi imaginación...

Marcelino Domingo y yo, ambos expatriados desde que fracasó la insurrección de Diciembre de 1930, vivíamos en París en un modesto hotel de la rue Vaugirard, entre el Luxemburgo y la Sorbona, juntamente con otros emigrados políticos. Allí, mediante avisos telefónicos y telefónicos de todas las regiones, conocimos el mismo 12 de Abril la impresionante victoria electoral.

El 13 nos llamó desde Barcelona don Francisco Maciá para darnos su impresión sobre la inminencia del cambio de régimen. Partiendo de suposición tan fundada, Maciá ofreció a Marcelino Domingo la presidencia del Gobierno autónomo que habría de constituirse en Cataluña. Pidieron ambos mi parecer y lo dije negativamente, porque la figura política de Marcelino Domingo, verdaderamente nacional, desbordaba el marco catalán y porque, estando previamente designado para desempeñar el Ministerio de Instrucción, sería mal comienzo para el Gobierno de la República verse obligado a recomposiciones. Me costó menos esfuerzo convencer a Marcelino que a don Francisco, pero, al fin, ambos se allanaron a mi criterio. Minutos después nos visitó don Santiago Alba, para felicitarlos por el triunfo.

El 14, después de almorzar, fuimos a devolver la visita al señor Alba. Hallándonos con él en su habitación del Claridge, la agencia Havas participó al exministro monárquico que en Madrid acababa de proclamarse la República, y seguidamente nuestros compañeros de hospedaje nos llamaron al Claridge para confirmarnos y decirnos que de Madrid querían comunicar urgente y directamente con nosotros. Regresamos a la calle Vaugirard, desde donde nos pusimos al habla con el Gobierno provisional, ya instalado en el Ministerio de la Gobernación. El señor Alcalá Zamora nos ordenó que saliéramos inmediatamente para España. Todos pretendían ir en el primer tren, pero éste, que era el expreso de la Côte d'Argent, apenas tenía plazas disponibles, por haberse anticipado a reservar las suyas gran número de periodistas franceses, ingleses y americanos, ávidos de presenciar los acontecimientos de España.

Auxiliado por el viejo amigo León Rollin, hoy uno de los directores de la Radiodifusión Francesa, hice atropelladamente las maletas y al abandonar el cuarto al día siguiente me despedí de los señores de magníficas naranas, regalo de fruteros valencianos. En un taxi y con el tiempo justo partimos para la estación del Quai d'Orsay. Marcelino Domingo, el comandante Hidalgo de Cisneros y yo, únicos entre el grupo de la rue

Vaugirard que habíamos conseguido billete. En la estación nos encontramos con otro miembro de la Junta revolucionaria, convertida a aquellas horas en Gobierno provisional, Luis Nicolau d'Oliver, a quien idéntico requerimiento desde Madrid le obligó a meter apresuradamente sus libros giegos en un baúl. En el andén nos cegaron continuos fogonazos de magnesio de los fotógrafos. Subimos son brazadas de flores al tren y éste empezó a rodar.

Pero en el tren, donde confiábamos descansar, la noche fué muy fatigosa. Todos los periodistas viajeros nos pedían declaraciones para transmitir desde la frontera. Sus máquinas de escribir estuvieron tecleando una tras otra en nuestras cabinas, hasta el amanecer.

Cuando a primera hora de la mañana transbordábamos en Irún del expreso francés al rápido español entre frenética multitud que, agitando banderas tricolores, gritaba ensordecidamente, me turbé ante unos señores de aire respetable, tocados con gorras galonesadas, que se dirigían a mí, haciendo reverencias y llamándome «señor ministro». ¿Seguiría durmiendo y estaría soñando? Pero no soñaba; yo era el ministro de Hacienda y aquellos señores los jefes de la Aduana fronteriza, subordinados míos.

De buena gana habríamos utilizado el trayecto hasta Madrid para recuperar las horas de reposo perdidas entre París y Hendaya, pero en cada estación se nos acogía con cohetes, músicas y vítores y, además, había que pronunciar discursos desde la plataforma del vagón. Nuestro tren avanzaba acompañado de estruendo popular hacia el Sur; otro, que cruzó con nosotros, cerca de Valladolid, marchaba envuelto en silencio hacia el Norte, conduciendo a la reina doña Victoria y a sus hijos. Ellos iban al destierro, de donde nosotros veníamos. A ellos sólo les despidió en El Escorial el conde de Romanones; a nosotros en El Escorial, como en todas las demás paradas, nos recibió densas y entusiastas muchedumbres. El destino nos entrecruzaba; el destino nos tendía luego, a ellos y a nosotros, en la expatriación durante largos años...

En Madrid, el genio se apoderó de los expedicionarios, y nos hizo suyos, dispersándonos. Yo, después de estar a punto de perder aplastado en la plazoleta de la estación, me

vi zizado por robustos brazos a un automóvil ocupado por mi correligionario Manuel Muñoz y otros compañeros, los cuales, luego de darme un paseo por los barrios bajos para gozar del alegre bullicio con que se saludaba a la República, me dejaban molido ante la Presidencia del Consejo. Los Guardias civiles, que pocos meses antes me habían buscado con poco piadosas intenciones, y que después deberían perseguirme de nuevo, se cuadraron y alzando la mano derecha hasta el charlado ricornio, me saludaron militarmente. Al otro día tomé posesión del Ministerio de Hacienda. En uno de los números de «A B C» regalados por mi amigo, hallé mi discurso en aquel acto. Recordé ser huérfano de un funcionario de Hacienda que, por haber procedido con honradez, no había dejado en la pobreza. «No puedo — exclamé — inferir a los empleados de este departamento la injuria de creerlos distintos a mi padre». Y seguí diciendo: «No me anti-dedecoradamente, me turbé ante unos señores de aire respetable, tocados con gorras galonesadas, que se dirigían a mí, haciendo reverencias y llamándome «señor ministro». ¿Seguiría durmiendo y estaría soñando? Pero no soñaba; yo era el ministro de Hacienda y aquellos señores los jefes de la Aduana fronteriza, subordinados míos.

En ese mismo número de «A B C» — 17 de Abril — encuentro algo de mucho mayor interés que eso tan personal. La primera página está ocupada por un documento compuesto en caracteres destacados, que lleva la firma autógrafa de Alfonso XIII. Debajo figura una nota mía diciendo: «El Gobierno no quiere poner trabas a la divulgación, por parte de la Prensa, del manifiesto que firma D. Alfonso de Borbón, tan contrario a las circunstancias excepcionales inherentes al nacimiento de todo régimen político, podrían justificar que en estos instantes se prohibiera esa difusión. Mas como el Gobierno provisional de la República, seguidísimo de la

Indalecio PRIETO (Termina en la 2ª. pág.)

Carta de San Sebastián Cinta magnetototofónica El Ministro del Espíritu

San Sebastián, mayo de 1950.
DETENIENDOSE ante una palabra cuyo significado ignoraba, mi amigo interrumpió la lectura del periódico para preguntarme:
—¿Qué es lontananza?
—Lontananza — contesté — es un puerto de Inglaterra.
—Pues aquí aparece con minúscula — observó.
—Por error tipográfico — aclaré.
—¡Ah! — exclamó comprensivo.

Y mi amigo, alma candida, propicia a los más inverosímiles camelos, vivió largos años creyendo que lontananza era un puerto británico. ¡Cuántos vivimos engañados por mentiras mucho más graves que esas no acompañadas hasta el instante de morir o quien sabe si también más allá!

Pero chanzas gastadas a un amigo difieren bastante de disparates difundidos entre muchedumbres de auditores por una emisora de radio. Y la «voz» sube de punto si la radiodifusión depende del Ministerio de Educación, cual sucede con Radio Arciprestazgo, de Durango.

Cierto que en la antigua merindad vizcaína del Duranguesado hay pueblo de nombre complicado y oliendo a clericalismo Apalamonasterio, pero ninguno que se llame Arciprestazgo ni nada que se le parezca.

La noticia se refería sin duda a los pueblos del arciprestazgo de Durango, como hubiera podido referirse a los del obispado de Vitoria o a los del arzobispado de Burgos, mas el locutor que promovió mis enredos no lo entendió, sea por trabarse al leer o sea por leer al pie de la letra lo que desatinadamente escribiera cualquier redactor, tan lerdo como él, al traducir un telegrama que en lenguaje abreviado decía: «Pueblos arciprestazgo Durango».

El señor arcipreste de la vieja Tavira, paseando por el amplio pórtico de Santa María, habrá comentado, con sus coadjutores, la chusca pifia.
Radio Nacional todavía me hizo reír más el día de San Isidro transmitiendo un discurso tomado en cinta magnetototofónica, que pronunció el ministro de Educación al inaugurar un certamen cinematográfico hispano-americano. Los de la Radio, por halagarse al jefe, prodigan estas transmisiones sin advertir que le ponen en ridículo reproduciendo al natural sus magníficas vaciedades.

Contrastando con la voz aplaudida de Franco, la de Ibañeta Martín es ronca, de aspereza insostenible por su monotonía. Pero lo peor para el pobre diablo es que cuanto dice a gritos carece de sinderesis, constituyendo montones de palabras insultantes y pedantescas.
En este acto, Ibañeta Martín se denominó a sí mismo Ministro del Espíritu. No aclaró si del Espíritu Santo o del espíritu de vino. Debería creerse que del espíritu de vino, juzgando por su voz agudatosa, aunque cabe suponer que tan pio varón sólo heberá agua bendita. El necio discurso pareció inspirarlo en San Isidro, cuya festividad se celebraba aquel día, sino vino de los bueyes con que araba el labrador cananizado. Intelectualmente, el ministro de Educación franquista se presenta como un perfecto bacín, tanto de renacu.

Por eso, la cinta magnetototofónica que, en desdén del orador ajustó Radio Nacional a los micrófonos debe llamarse con entera propiedad cinta magnetototofónica. Puede ya prepararse una de igual clase para cuando Ibañeta Martín inaugure las escuelas en Arciprestazgo, pueblo de Durango, y otra para cuando desembarque en Lontananza, puerto de Inglaterra. A ambos imaginarios lugares se dispondría a ir, si le invitáramos, el Ministro del Espíritu, montecito ejemplar que parece haberse escapado de un tontocomio.

Amihón de IGUELDO.

La Secretaría general del Partido ha remitido a las Secciones y Departamentos los últimos capítulos de la Memoria, así como las circulares números 19 y 20. El Congreso del P.S.O.E. se celebrará en Toulouse, durante los días 22 al 25 de junio venidero. Próximamente recibirán otra circular con instrucciones relacionadas con la celebración del Congreso, y con las cédulas de tarifa reducida para los ferrocarriles.

La juventud repudia a Falange

EL 26 de marzo último se clausuró en Barcelona, en el histórico Salón de Ciencias, el 9º Consejo Nacional del Frente de Juventudes de Falange. Es de notar el hecho de que para este 9º Consejo se haya escogido la republicana y autónoma Barcelona y a su Ayuntamiento como centro donde dar el cerrojo a la manifestación falangista. Este año, con un acento más marcadamente fascista. Es cada día más imperioso calmar, de una parte, el encrespamiento de los descontentados «camisas viejas»; y, de otra, bañar en aguas demagógicas a los «camisas nuevas».

No han faltado en las calles los atributos externos que definen, en parte, a la grey de los únicos que pueden circular por España sin chaqueta, sea verano o invierno, por imperativo de la cursi etiqueta impuesta por el régimen. En estos detalles, de indumentaria hay privilegios: solo los falangistas pueden circular en camisa. Guiones y estandartes con yugos, flechas y otros diversos símbolos, cabalísticos, canciones e himnos patrióticos, desfiles militares, misas y sermones, completaron el espectacular programa, cuya «vedette» era nada menos que el propio ministro de Justicia de Franco, a la vez secretario general de Falange, Fernández Cuesta. Por cierto que al pasar revista a las «centurias», rodeado de otros «jerarcas» rechonchos o de pelo cano, recibía el saludo a la romana, al estilo falangista, fascista y nazi.

El acto de clausura fué, esencialmente, el discurso de Fernández Cuesta. Hemos podido leer y oír lo que piensa este lacayo de Franco. Pero ni una sola palabra de lo que puedan pensar o inquirir los jóvenes..., aunque sean de Falange.

El Sr. Elola, delegado nacional del Frente de Juventudes, habló también. Parece que es amigo de fichas y cartulinas: resuelve los problemas al estilo falangista, es decir, teóricamente, con diagramas y regla de cálculo. Lo desgraciado es que no sabe manejarlas. «¿Qué importa?», para él, se es delegado nacional. Afirmó que el leuleyo que las Falanges juveniles encendrán a más de 170 mil muchachos. Es decir, que en cada provincia española puede haber un promedio de tres millares de jóvenes falangistas, según este señor. Menos, muchos menos en realidad. Que no se fle de sus fi-

chas y visite las «centurias», y entonces comprobará que apenas si le quedan «centurias», y en muchos puntos de España, uno de esos flamantes estandartes cubierto de polvo y telarañas, abandonado por sus centelleantes «centuriones». Diez años después del «1º Año Triunfal» el esqueleto de Falange sigue ahuyentando a los jóvenes honrados y sanos de nuestro país. Nunca le prestaron el menor apoyo ni calor. Lo cual irrita al Sr. Elola y nos satisface a nosotros.

Elola no dice verdad al afirmar que el «departamento de Centros de Enseñanza» controla a 174 mil estudiantes. ¿Estudiantes de qué? Ni son, seriamente, 650 mil los menores de 21 años de «centurias» en los «Centros de Trabajo». Ni el «centro» de 53.000 estudiantes en el S.E.U. No ignoramos las coacciones de todo género que se imponen a la juventud manual e intelectual de España: ni las multas de Falange a los aprendices que no asisten a las «conferencias políticas» y obligatorias, verdadero latrocinio que sirve para engrosar sus fondos a más de las consignaciones que, a beneficio de Falange, figuran en el presupuesto nacional; ni la servidumbre imperativa al Sindicato Español Universitario y a sus milicias. Refutamos esas cifras. Son falsas. Y eso lo sabe mejor que nadie, el propio Elola. Los falangistas podrían aceptarlas, los jóvenes creerlas. Nosotros, no. Hizo mejor Elola al tratar del sector de Rurales que abarca el sector —según declaró— más difícil de encuadrar. El fracaso de la política de atracción de Falange sobre la juventud campesina no lo puede disimular ni el mismo.

La «vedette» de esta mascarada era Fernández Cuesta. El uniforme negro del secretario general de Falange es menos negro que su conciencia. Todo es negro en él, hasta sus obras. Los lutos que ha sembrado por todo el país son emanación de su persona al encarnarse en las funciones más anti-humanas y anti-españolas del régimen: por la injusticia que administra en los tribunales oficiales y los criminales que encubre.

Fernández Cuesta hizo un discurso típicamente falangista, alando un período jesuitismo a la denegación de que se sirven todos los regímenes irremisiblemente condenados. A Fernández Cuesta le interesa que la juventud de España viva y sienta una ética, una estética, un heroísmo, una

santidad... y no en los beneficios, dividendos salariales, máquinas, factores, economía y producción. Es decir, una ética que entronice el servilismo, una estética de centurias, un heroísmo sangriento y salvaje, una santidad como recompensa futura e hipotética.

Lo fundamental para Fernández Cuesta es la «continuidad» del régimen. Clama a gritos pelado que no hay que traicionar a la «cruzada»; lo que quiere decir que hay quien —y son muchos— la «traición». Pregunta qué ventajas podrían obtenerse de un cambio político, para afirmar que ninguna. Para él, personalmente, no cabe duda; para la juventud falangista, infinitas. Según Cuesta, ningún español puede encontrar justificado que se ataque al actual régimen español «porque haya o no partidos políticos, más o menos Sindicatos, o porque cada uno no pueda decir o hacer lo que le venga en gana». En cuanto al porvenir «¿qué régimen lo asegura?».

El aparato dictatorial del franquismo podrá amordazar y perseguir. Pero no puede penetrar en la intimidad de la conciencia del joven. Los resortes de ese poder intentan someter a la juventud, sin conseguirlo. La juventud de España, antítesis natural de lo que Falange simboliza, sabe y siente que existe algo más digno, más humano, más elevado que ese régimen de vergüenza y podredumbre que la corroe a ella y al país. Esa juventud es la que representa el porvenir de España. Junto con esos millones de jóvenes, convertiremos a España en una verdadera Patria para los españoles, en un fuerte pilar de la paz y de la colaboración internacional. Es decir, en lo contrario de la satánica obra que Franco ordena y Fernández Cuesta sirve.

S. Martínez DASI.

Franco en Bilbao

i Paso al asesino!

AUNQUE con gran sigilo, se están realizando en Bilbao — y fuera de Bilbao — preparativos para un viaje que el Generalísimo proyecta hacer a dicha villa en junio próximo, coincidiendo con el aniversario de la entrada de italianos y falangistas en ella.

Los preparativos dentro consisten en organizar banquetes oficiales y visitas a fábricas, trazar croquis para la distribución de guardias y policías, etcétera, y los preparativos fuera en reclutar gentes que serán llevadas a orillas del Nervión para suplir con entusiasmo retribuido la activa frialdad con que el proletariado vizcaíno acorera al Gaudillo.

Algo más se está haciendo dentro; después de decretar un suplemento de salario a metalúrgicos y mineros, efectúan desde ahora detenciones de socialistas y de otros elementos conocidos por su antifranquismo. Cuando, al cabo de varias semanas, llegue Franco, estarán presos millares de hombres dignos. Los encarcelados serán sustituidos en las calles por los forasteros. Así no se advertirán mermas de concurrencia en la villa foral, porque esta vez no se trata de una visita fugaz, como las anteriores, sino de cierta duración, como la hecha a Barcelona.

Mientras Franco permanezca en Bilbao, los socialistas vizcaínos simbolizarán en una figura queridísima, la de Julián Zugazagoitia, el recuerdo de todos los correligionarios fusilados. Y Vizcaya entera, sin más exclusión que la del grupo de miserables que abyectamente sirven al régimen, no olvidará un instante a Guernica, la villa foral bombardeada salvajemente.

El autor de tanto crimen entrará en Bilbao aclamado como por gentes extrañas, alquiladas para el hosanna. ¡Paso al asesino!

Un partido obrero internacionalista actúa en la convicción de que el interés de cada país, si ha penetrado bastante profundamente y concebido bajo el aspecto de la duración, no puede disociarse del interés profundo y permanente de los otros países de Europa e incluso de la humanidad entera. Entendiéndose servir la causa francesa sirviendo la causa internacional; es nacional, todo y siendo internacional, y porque es internacional, León BLUM,

SOCIALISTAS

En París, la SFIO ha celebrado su tradicional manifestación al cementerio del Père-Lachaise, en conmemoración de los héroes de la «Commune», caídos el 21 de mayo de 1871, por orden de Thiers, el representante entonces más calificado de la reacción universal. Las tropas valesianas aplastaron a los revolucionarios parisienses, pero aquel movimiento fué el despertar del proletariado del mundo entero.

Igualmente en París, del 26 al 29 de mayo corriente, se reunirá el 42 Congreso nacional de la SFIO. El 25 de mayo se ha reunido la Conferencia anual de concejales y concejeres provinciales de Francia, de la SFIO, tratando de problemas de habitaciones, escolares, higiene y servicios sociales. Otra Conferencia de Mujeres socialistas, bajo la presidencia de Bracke, tendrá efecto, el 25 de mayo, en París.

En Hamburgo se ha reunido el Congreso del Partido Socialista de Alemania. Y en Copenhague se van a reunir los partidos del COMISO, entre otros, el PSOE, a quien representará nuestro camarada Rodolfo Llopis.

En Inglaterra se ha reunido la Conferencia anual del Partido Laborista Independiente, decidiendo «no iniciar ni mantener ninguna discusión o proposición para afiliarse individual o colectivamente al Partido Laborista». Los Independientes han perdido casi toda su fuerza dentro del movimiento obrero inglés.

Los laboristas han conseguido aumentar en 85 el número de sus concejales, en las elecciones últimamente verificadas en Inglaterra. Los conservadores han aumentado en 317, pero tan sólo 7 a costa de los laboristas. Los comunistas han sido los derrotados en toda la línea, no habiendo obtenido ningún aumento y habiendo perdido fuerzas, así como independientes e liberales.

Se ha reunido en Pasture Wood, en una casa dedicada a la memoria de Beatriz Webb, una Conferencia restringida del Partido Laborista, con asistencia de los ministros, el Consejo Ejecutivo nacional del Partido, el Consejo General de las Trade-Unions, el Movimiento Cooperativo y algunas otras delegaciones. Se trata de examinar el programa con el cual deberá dar la batalla el Laborismo a los partidos adversarios, si se presenta la necesidad de disolver el Parlamento. Ello justifica por sí solo la expectación despertada por esta reunión.

El mismo Partido Laborista ha convocado, en Londres, en junio, a los Partidos Socialistas de Europa para estudiar la organización de la industria pesada europea. Esta reunión está relacionada con los planes de coordinación de las industrias carboníferas y siderúrgicas de Francia y de Alemania. El Consejo de Europa, bajo la presidencia de André Philipp, estudiará igualmente esta cuestión, en el seno de la Comisión industrial.

En Bruselas, durante los días 14 y 15 de mayo, se ha reunido la Ponencia designada por el COMISO para estudiar el problema

Actualidades de la semana

del Sarre, en relación con los Partidos Socialistas. Formaban la Ponencia: Por Bélgica, Larock; por Suiza, H. Oprecht; por Holanda, Koos Vorrink; J. Braunthal, secretario administrativo del COMISO, actuó como ponente. Hubo perfecta unanimidad, y el dictamen será llevado a la Conferencia de Copenhague.

Para el 4 de junio están convocadas las elecciones generales en Bélgica. El PSB está realizando una campaña llena de pasión y de brío, contra la vuelta de Leopoldo III. La lucha es muy comprometida para nuestros camaradas, a los que deseamos un éxito clamoroso.

SINDICALES

La primera reunión del Comité Ejecutivo de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres tendrá lugar en Bruselas, del 25 al 27 de mayo. En el orden del día figuran: Relaciones. Los Secretariados profesionales internacionales, con la ONU, con el BIT, y con el Consejo de Europa; organización regional: Educación obrera; Austria; Ruhr. El problema del Ruhr habrá sido previamente tratado en una Conferencia internacional de los Sindicatos interesados en Dusseldorf, del 22 al 23 de mayo. Intervienen Mineros y Metalúrgicos de Alemania, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Estados Unidos. El movimiento obrero internacional está en plena actividad.

En Francia, Fuerza Obrera se ha reunido en Asamblea general, interviniendo, entre otros, León Jouhaux. La Federación nacional de Mineros F.O., por su parte, ha celebrado su Congreso, y en otro lugar de este número damos la intervención que ha tenido nuestro camarada Pascual Tomás, previamente invitado.

El 8 de junio, en Francia, habrá elecciones para los gestores sociales. Fuerza Obrera presenta lista d'Entente pour la Defense, l'Amélioration et l'Indépendance de la Sécurité Sociale. La UGT recomienda a todos sus afiliados que voten y hagan propaganda en favor de esas candidaturas. Estamos seguros de que así lo harán.

Philip Murray, presidente del CIO, con la aprobación de los nueve vicepresidentes de que consta dicha entidad, con fecha 4 de abril, ha dirigido una carta a Green, presidente de la Federación Americana del Trabajo, así como a John Lewis, presidente de los Mineros, y a Hayes, de los maquinistas, para proponerles la creación de un Comité mixto, cuyo fin sería promover la unificación de los Sindicatos norteamericanos. Murray señala el peligro de que las fuerzas reaccionarias del país puedan influir sobre sus destinos y retrasar el progreso de la humanidad y de los Estados Unidos.

COMUNISMO

¿Qué resultados tendrá el viaje de Trygve Lide a Rusia? Es pronto para entusiasmarse. No creemos que lo esté el secretario de la ONU, que, cuando escribimos estas líneas, recorre las Cancillerías occidentales, preparando su fórmula. Stalin es de los que no ceden. Cuando se repliega es para saltar con más facilidad sobre el cuello de sus adversarios.

No hay solución al problema de Austria. Stalin no quiere retirar sus tropas de aquellos territorios. Hay tensión, en cambio, ante la concentración anunciada en Berlín por los stalinianos para la fiesta de Pentecostés. Los berlineses no dormirán tranquilos hasta que no pase esa fecha. Continuando su política de embustes, la URSS y sus satélites han anunciado que reúnen en su 50 por 100 sus deudas de guerra con Alemania. Una nueva farsa, porque de Alemania extraen, sin control, cuanto les interesa. Es un despojo ilimitado. Y los prisioneros alemanes siguen en los campos de concentración rusos, haciendo compañía, si viven, a los centenares de miles japoneses y a los abscasianos y de otras nacionalidades. Pobre del que cae en la Siberia stalinista.

Partido formado a base del terror, el P. C. continúa su obra «depuradora». En Alemania ha expulsado al segundo personaje en la zona occidental, diputado al Parlamento de Bonn, Kurt Moeller, a quien califican de traidor y agente del enemigo. En Bélgica, en Holanda, en Noruega, en todas partes hay expulsiones y cambios de mandones. Los afiliados no pin tan nada.

Por la misma razón, un premio Stalin, el historiador Gneider Goussein, que había recibido el más alto galardón en 1949, se ha visto despojado de dicho premio y desautorizado. Ahora es «un mal historiador». No es extraño que, en viéndose fuera de las fronteras, los hombres de cierto mérito intelectual y moral se nieguen a regresar a los países «democráticos populares». Eso acaba de hacer, con estrépito, el delegado de Checoslovaquia en la ONU, M. Dudek, quien ha seguido el ejemplo de su predecesor, M. Papanek, ¡la sombra de Benes y de Masarik! al abandonar eternamente a los enemigos de la libertad de Checoslovaquia.

Entretanto, continúa la desbandada en la FSM. Se han dado de baja los Sindicatos de Israel y de Yugoslavia. Ya casi no quedan sino los comunistas y unos cuantos emboscados.

POLITICA INTERNACIONAL

El acontecimiento electoral de la semana ha sido el resultado de las elecciones en Turquía. Ni un solo oráculo internacional ha acertado. La sorpresa ha sido extraordinaria, habiendo conseguido el partido democrático, que estaba en la oposición, 434 puestos, mientras que el partido falangista, que llevaba 27 años en el Poder, se han quedado en 52, y un nacionalista, como muestra. En el anterior Parlamento, los demócratas eran 63. Es, pues, una victoria aplastante. ¿Qué programa social y renovador habrá detrás de esa victoria? No hay que hacerse ilusiones. La clase trabajadora, en Turquía como en todas partes, tendrá que hacer su propia política, y la internacional socialista, si existiera, debería adelantarse a los agladores del comunismo, que, sirviendo a Stalin, no dejarán de intrigar en el país de los Dardanelos, sobre los cuales la URSS tiene puestos los ojos.

En Londres, durante una semana, han estado conferenciando los doce ministros de Negocios Extranjeros del Pacto del Atlántico. Las declaraciones hechas excluyen, para Franco, toda esperanza. Ellos —los ministros aliados— están decididos a que la LIBERTAD, que es la base COMUN de sus instituciones... Franco no cabe en esos límites. Franco no respeta los valores espirituales, los Derechos del Hombre, la libertad de Asociación, el derecho de huelga, más radio independiente, una prensa libre... Franco es un tirano, que se arroja con el manto del catolicismo para mantenerse en su poltrona.

F. de H.

Todo es según el color...

Por inadvertencia de los directores de Radio Nacional de España, que no se dieron cuenta del carácter profundamente liberal de la Conferencia Pro Democracia Hispano-Americana, de La Habana, dicha Radio venía difundiendo las informaciones que sobre acuerdos de aquella sofisticada United Press, proveedora de la agencia falangista Efe.

Y cuando se encontraron de manos a boca con la energética condenación contra Franco que quedamos de un aire. No sabiendo por dónde salir, y pareciéndonos poco tragarse la información, que, naturalmente, dejaron inédita, inventaron un mensajito quitándole importancia a la Conferencia y calificándola de filocomunista, pese al notorio anticomunismo de los congregados. Como todo es según el color del cristal con que se mira, los directores de Radio Nacional cambiaron de gafas, para ver rojo lo que antes les parecía azul. Carrero Blanco, ¡perros!, se encargará de ponerlos verdes.

Congreso de los mineros franceses

La semana pasada ha celebrado Congreso en París la Federación Nacional de Obreros Mineros de Francia adscrita a Force Ouvrière.

Entre los delegados fraternales que asistían, se encontraba el secretario de la Unión General de Trabajadores de España, en nombre de esta entidad y al propio tiempo en el del Sindicato Minero de España, nuestro compañero Pascual Tomás, quien, en una de las sesiones, pronunció un discurso que causó impresión en el auditorio y fué largamente aplaudido.

Nos complacemos en insertar a continuación el texto de la notable oración de nuestro camarada:

«Queridos compañeros: Es para mí un motivo de íntima satisfacción personal poder saludaros en nombre del Sindicato Minero de España y de la Unión General de Trabajadores. Ambas organizaciones sindicales representan en la lucha clandestina contra Franco y su régimen, las fuerzas positivas y eficaces, capaces por su solvencia moral y el alto espíritu de sacrificio que las anima, de asumir la función rectora de los trabajadores españoles.

La clase obrera mundial, y particularmente la que integra los países donde la libertad guarda todos los perfiles de cosa viva, tiene contraída una deuda sagrada con la democracia obrera española.

Deuda que está en el deber de pagar. Somos los españoles el primer pueblo que se ha batido contra el fascismo internacional. Durante tres años consecutivos hemos mantenido la contienda contra la agresión fascista sin apenas más armas para defendernos que nuestras propias vidas.

La democracia española fué vencida momentáneamente. No han vencido las fuerzas confabuladas del fascismo internacional.

Más de un millón de trabajadores cayeron luchando por la independencia de España y las libertades ciudadanas. Franco, entronizado por la fuerza en la dirección de la política española, ha realizado y realiza contra los trabajadores una represión que no tiene paridad en la historia.

La clase obrera española vive hoy bajo la tiranía de Franco, la más tiranía de las esclavitudes que puede imponérsela a los hombres.

Los que vivimos en el exilio fieles a nuestras concepciones democráticas, hacemos nuestra miseria por los pueblos que nos conceden asilo. El dolor que nos produce el abandono incomprensible en que nos ha dejado el mundo civilizado, no nos ha impedido, en todo instante, cumplir con nuestros deberes ineludibles. Cuando Francia se vio invadida por las fuerzas del fascismo alemán, millares y millares de españoles exiliados se enrolaron voluntariamente en los ejércitos aliados y dieron su vida por la libertad de los pueblos.

SE DESEA CONOCER EL PARADERO...

De Wladimir Iserte Montesinos y Manuel Pemenias Hostalet, que pasaron la frontera en junio de 1946. Noticias a Manuel Garrido Pálan, 15, rue Cuvier, Vienne (Isère).

Del joven José Vigilio Martínez para ponerle en relación con su madre, Margarita Martínez, residente en Abanto y Ciérvana (Vizcaya). Este chico se hallaba recogido por José Martínez en Ricamaritz (Lorena) hasta 1946, año en que se produjo la fuga. Si alguien tiene noticias de esta localidad fué reubicado a su país de origen al quedar abandonado. No ha llegado a casa y tampoco dan razón de él los servicios de rehabilitación del Gobierno español. Se agradecerá informen a Seguridad Social del Gobierno suizo, 11, Avenue Maréchal, París (16).

De Antonio Rodríguez Arandilla de Sevilla, a quien dará noticias de sus familiares de Euzen Juan Durán, 15, rue de la Tible Bezières (Haut-Rhin).

De Miguel Pueras Vilches de oficio albañil, excentrico de Trancorreda. De Miguel por el, con ruego de que se le escriba con urgencia, la que recibida de España Casido, Molino Viejo, y rue de la Mer, Cherbourg (Normandie, Riva-Beira (Galvades).

De Félix Luis Guerra y hermanos, hijos de José Guerra, de Candá (Asturias). Se encuentran en Francia, en la redada de Gastaña. Lo pide el cín de estudios, José Blanco, residente en 12, rue Neuville, Chateaufort (Belgica).

De Elias Vázquez Cano, natural de Villalobos de Paluz, partido de Calanova (Oranes). Le solicita, para informarle de un asunto que le interesa, al momento, Luis Villalobos, domicilio en San Allianz Oranes, número 28, r/c Zeg., Lásba (Portugal).

De Venancio Manzano Cabanilla, natural de Calatrua con residencia en Magallón, empadronado 1938, solidario que fué de la 12 Brigada Internacional de la Unión Soviética. Lo pide el cín de Estudios, José Blanco, residente en 12, rue Neuville, Chateaufort (Belgica).

De Román Alizaga Práez, con domicilio en Angel Ortiz, 158, 2ª, Joffre, Casablanca.

Estoy seguro —se que lo respaldaréis, compañeros de las Comisiones organizadoras— de que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores no prestarán su consentimiento a la monarquía instituida por un traspaso de Franco o por un pronunciamiento militar. (Grandes aplausos). Ni se aventarán a servir de difusores demeritantes a una monarquía reaccionaria así Franco, con la misma firmeza, con la misma energía y con la misma virilidad. Y, además, sabiendo que ningún régimen que advenga en España puede subsistir que ningún apoyo del extranjero que pueda haber naciones capaces de proteger semejante maniobra, declaramos desde ahora que abominaremos de ellas, que las reputaremos cómplices, o más que cómplices, cóuteras. (Grandes aplausos). Indalecio PRIETO. (Discurso en Méjico el 30 de abril de 1947).

i No empujar!

No faltan quienes se empeñan —creemos que inconscientemente— en empujarnos hacia un callejón sin salida, olvidando que a la fórmula del PSEOE en el exilio no se le opusiera otra. Ni mejor ni peor. El peor de los sorudos, indudablemente, es aquel que no quiere oír. Todo eso de la cacareada «unión», son cuentos chinos. Ya ni nos entretienen. Estamos muy lejos de pretender la nombradía de un Argos, en manera alguna. Tampoco tenemos más elementos de juicio para enfocar la cuestión que los proporcionados por las circulares de la C. E. o aquellas informaciones facilitadas por los compañeros de dicha C. E., que, periódicamente, llegan a las reuniones departamentales. Los mismos que posará el autor de «¡Ahí los tenéis!». No los creemos en posesión de otros. Entonces, ¿por qué se lanza ese compañero a decir que la violación del Pacto impone el rompimiento con quienes no lo han observado, si en nuestro órgano recientemente se ha dicho por un hombre sin duda, incapaz de fallar a la verdad, que los monárquicos no han denunciado el Pacto, señalando al propio tiempo el obstáculo de orden interno del Partido, que habrá libertad ni justicia social posible hasta que no se consiga destruir al fascismo allí donde se encuentre y garantizar a los hombres y a los pueblos el libre ejercicio de la Democracia y de sus derechos inviolables».

Conviendría un poco más de prudencia al hacer afirmaciones que, como la del compañero Cetera, producen efectos desmoronadores en los tímidos. Podemos ofrecer la prueba. El resto del artículo objetivo de nuestro comentario, viene a constituir una redundancia de lo que se ha prodigado en otras publicaciones.

Creemos, pues, que una cuestión tan delicada, vidiosa y de suyo tan trascendental, donde se ventila el porvenir de un pueblo aherrojado, sumido en la miseria moral y material más espantosa y que anhela, con ansiedad de naufrago, su liberación, para unirse a la Serrá de la Democracia, no debería tratarse con tanta ligereza ni prodigarla en la prensa como se viene haciendo tan insensatamente las más de las veces, ya que con ello el adversario, que acecha, obtiene datos para el interesante, que los utilizará cuando y dónde crea oportuno y eficaz para su beneficio.

Hay convocado un Congreso. Confiamos en el buen sentido y alteza de miras de nuestros hombres, que, libres de todo prejuicio de tipo personal, estudiarán serenamente, entre otras cuestiones, la conveniencia de ratificar el Pacto de San Juan de Luz, o introducir, si ello hay lugar, alguna modificación, siempre que ello diera margen a sumar aquellas adhesiones que puedan precipitar los acontecimientos por que propugnamos.

Y los delegados, con la vista puesta en el buen nombre y prestigio de nuestro glorioso Partido, a servirlo con el amor y entusiasmo que son peculieres a los buenos socialistas.

L. Z. Bayona.

Capacitación eficaz de la juventud

ESTE artículo va dirigido a los jóvenes para animarles, para estimularlos, para que la juventud se sienta espiritualmente grande, con la fortaleza que da la confianza en sí mismo, para acrecentar su interés en capacitarse, puesto que su capacitación ha de facilitar grandemente sus ambiciones: trabajar en pro del Socialismo para la reedificación de la humanidad.

Va también dirigido a aquellos que por propia iniciativa, excediéndose en mandatos que se les pueda confiar, invocando la experiencia que les haya podido dar la edad y los éxitos o fracasos de su vida política, pudieran caer en la humana tentación de intentar convertirse en «dictadores» de alguna Sección de las J. J. SS. Podrían ser tolerados en algunos casos raros, debido a exceso de juventud de sus componentes, sobre todo cuando en su mayor parte son muchos recién llegados de España, sin preparación cultural y política y con el ánimo predispuesto a soportar a los aprendices de dictador. De consolidarse intenciones de esta clase, si hubiere, sería muy perjudicial para el Socialismo. El arma más eficaz para contribuir al logro de las ambiciones de la Juventud Socialista es capacitarla política y culturalmente.

Asimismo va dirigido a todos los socialistas de voluntad y buena fe que quieran ayudar

cho que voy a referir: Ocurrió que, estando yo de maestro en Tivissa, allá por el año 1937, se me presentó el alcalde en la escuela, y con gran perplejidad me dijo: «después de felicitar por mi labor, me dijo: «A mis chicos, esto de los mares, de los ríos de Alemania y cosas como eso de la electricidad, no se las enseñe usted; pues ello, por no ser necesario, es perder el tiempo. Tiene que enseñarle cuentas, leer y escribir.» Le contesté lo que el caso requería, cortés, pero firmemente. El buen socialista no debe tolerar que «alcaldes» como el citado se pongan donde no saben, aunque vayan de buena fe.

Cursos de cultura general; preparación política y sindical a base de conferencias y charlas; consejos prácticos de trabajo, en forma prudente y discreta sobre el comportamiento del joven en su vida política y en las relaciones con sus compañeros; orientar al joven si éste se aparta de las líneas de la Federación, haciéndoselas comprender si no las comprende, enseñárselas si no las sabe. Así se hacen buenos socialistas.

No es eficaz para capacitar a la juventud presentarse en sus asambleas o reuniones de Comité con la intención de dirigirlas, diciendo: «Tenéis que aprobar esto y desaprobar aquello. Las orientaciones que os da vuestra Ejecutiva son equivocadas. Haced lo que digo, que yo sé mucho más.» O decirnos: «Fulano, Mengano y Zutano son buenos socialistas. Aquel es mal socialista y Escobar es buen socialista, pero habla poco.» Sin eso sistema, no solamente se lograría desorientar, desanimar y separar a la juventud. No hay que intentar el aplicarlo. Capacitar la juventud, si; pero dejando a la Juventud que sea ella misma la que lo organice, a su gusto, tal como es regular que lo haga, siguiendo las normas marcadas por la Federación de J. J. SS. de la acción política de nuestra Federación se encuadre y mantenga en los límites que el Partido marque, tiene una contrapartida: la de que se permita a sus militantes y se les ayude a ser auténticamente jóvenes, siendo audaces en terrenos como este de la capacitación en el que se juega su porvenir, que es más suyo que de nadie.» El «coco» de todas las dictaduras, dictadores y tiranuelos es la cultura y la capacitación política y sindical de la juventud de los pueblos. Capacitando a la juventud, venceremos a unos y a otros.

Tenemos que hacer que el Partido de mañana, que se forma hoy, sea una grande y unida masa de militantes convencidos, conscientes, no un rebano de obedientes borregos.

Amador FERRE

Perpiñán.

LA GUILDA GUTENBERG, DE ZURICH

A parte de la importante Guilda del Libro en lengua francesa cuya sede radica en Lausana y de la cual hemos hecho referencia en un trabajo reciente, hay en Suiza otra Guilda del Libro, la Gutenberg, con central en Zurich, para las poblaciones de idioma alemán, que constituye igualmente una extensión del cooperativismo en sus actividades culturales y que tiene todavía un desarrollo mayor. Ya se sabe que entre la población helvética el sector de habla alemana está en gran mayoría. Pero, además, la Guilda Gutenberg posee filiales en casi todos los países, pudiéndose decir que es conocida en el mundo entero, y los libros de la Büchergilde Gutenberg se pueden comprar en Francia misma sin dificultad.

Cuenta esta institución cien mil miembros, y publica hasta cuarenta obras por año. Entre sus autores más conocidos de nuestro público figuran: Pio Baroja, Alfons Petzold, Roman Rolland, Albert Camus, Erskine Caldwell, Det Lev, Jaroslav Hasek y otros. La Büchergilde Gutenberg es una asociación cooperativa estrechamente relacionada con los Sindicatos obreros y las Sociedades de consumo. Tiene la posibilidad de vender sus libros relativamente baratos. Y los beneficios reierten a sus miembros en forma de precios aún más módicos o de encuadernaciones de bella presentación. La Guilda Gutenberg establece concursos entre autores suizos, y así acaba de anunciar uno para el año 1951 con una suma total de 10.000 francos suizos (equivalentes a unos 800.000 francos franceses), cifra que habla por sí sola de la importancia de esta institución cultural cooperativa, de la cual es director actualmente el Dr. Hans Oprecht, presidente del Partido Socialista suizo.

F. Ferrándiz ALBORZ

En el Komintern, en realidad, el que lo dirige todo es Manuilski, en nombre del Comité central del partido bolchevique. Y eso por una razón bien sencilla: porque es el partido bolchevique a quien debe servir el Komintern, Dimitroff es un muñeco cuyos hilos mueve Manuilski. Manuilski es un muñeco cuyos hilos tiran los numerosos jefes y jefecillos que constituyen el «Estado Mayor de la revolución mundial». — Enrique Castro DELGADO, (Ex delegado del partido comunista español en el Komintern).

¿NUEVA FORMULA?

ODA fórmula aparece con la pretensión de cambiar, modificar o anular fórmulas anteriores, para cambiar, modificar o anular estados de conciencia que las hizo posibles. Pero en política, en las cuestiones fundamentales de la acción, adscrita a un ciclo determinado de antagonismos de clases, pueda decirse que nada hay nuevo bajo el sol. Articularíamos procedimientos para la solución del problema español y nada nuevo diríamos, como nada nuevo dijeron las anteriores fórmulas. De ahí nuestra opinión de que los llamados ocho puntos del Pacto encierran material suficiente para estructurar un compromiso político de vastos alcances para el cambio de régimen o mutación de posiciones del Estado español. Los ocho puntos, lealmente aceptados, son reservas interpretativas, con el instrumento político que hemos esbozado, serían operativos. Lo nuevo que se aporta a la fórmula es que sea el resultado de una colaboración bien sentida de la democracia española, y no la imposición forzada, a posteriori, de una voluntad resoluciva que vela la posible coyuntura de una solución del problema, que otros sectores, por apatía, por insensibilidad nacional, por fuero legitimista, etc., dejaban escapar, creyendo que el continuismo es la única posibilidad de supervivencia. No es defecto del Partido haber reaccionado con hechos ante la indiferencia de los demás. Defecto sería incurrir en el dejarse llevar por los acontecimientos, como hicieron los que la criticaban. Sin embargo, los ocho puntos son de acción a posteriori. Ellos se refieren a lo que debemos hacer una vez derrocado Franco y su régimen. ¿Pero qué debemos hacer para que el derrocamiento sea un hecho? Analicemos someramente dos aspectos de la cuestión.

Primero: eliminación de Franco. Puede conseguirse por la violencia, lo que en su caso concreto equivaldría a un tiranicidio. La escuela biológica y jurídica reconoce el tiranicidio como derecho legítimo de los pueblos. «Todos los teólogos y filósofos convienen en que el príncipe que por medio de la fuerza y de las armas ocupó la república, sin derecho alguno y sin el consentimiento de los ciudadanos, es lícito quitarle la vida y despojarlo del trono, pues que siendo un enemigo público oprimiendo al país con todos los males, se reviste de todo el carácter de indole de tirano, a quien de cualquier modo es necesario que se quite y despoje de la potestad, lo que violentamente se atribuyó.» Es un pensamiento saludable el que entienden los príncipes que si oprimen la república y se hacen insubornables por sus crímenes y sus vicios, viven con tal condición que, no sólo de derecho, sino con gloria y alabanza, pueden ser despojados de su vida.» «Padre Mariana: «Del rey y de la institución de la dignidad real».

Los hipocritas, los fariseos de la juridicidad, son enemigos de la violencia, acaso de esta violencia contra los tiranos, es bien se encoga de hombres, como ante un mal incurable, si de la violencia de los tiranos contra los pueblos se trata. Ante el atentado que ha costado la vida a un diplomático servidor de Franco, llegan incluso a justificar la indignación de Franco, pues «no hay derecho a proceder así». Exacto: no hay derecho a proceder así, pero así es como está procediendo Franco contra España. Y además, que la indignación de Franco no es por el asesinato de un hombre, sino porque alguien le ha arrebatado un derecho que él consideraba suyo exclusivo: el de asesinar a un español cuando a él le venga en gana.

Segundo: eliminación del régimen. Y aquí hacemos de enfrentarnos con una opinión muy extendida que no compartimos. Nos referimos, claro está, a eso que se ha convertido en lugar común, que ya en boca de las cancellerías y se ha hecho consigna desde el Kremlin hasta las asambleas de las organizaciones políticas españolas en el exilio: hay que evitar se reproduzca la guerra civil.

A. se sugiere común nuestros respondidos con este elemental mandato de nuestra dignidad nacional: hay que salvar a España aunque sea con guerra civil. Los amantes de la paz —mejor diríamos del quietismo— a toda costa, parece que no meditan bien el alcance de las palabras. ¿Se dan ellos cuenta de lo que es una tiranía? En un pueblo dinámico como el español, una tiranía como la que sufre es la guerra civil permanente. Y resulta que los que, por escrúpulos de conciencia son enemigos de una guerra civil en la que los dos bandos luchan y sufren bajas, aparecen como mantenedores de una guerra civil

para inclinarla a su política. Recordamos que Mr. Churchill, queriendo justificar su ninguna ayuda a los demócratas italianos en sus luchas contra Mussolini, decía que las ayudas había que merecerlas, y el pueblo italiano, según él, nada había hecho que demostrara su verdadero deseo de librarse del fascismo. Posición contraria a la que sostiene respecto de España, pues demostrando que los españoles somos capaces de ir incluso a la guerra civil para librarnos del fascismo, tampoco se nos ayuda, con lo que, por diferente razón dialéctica llegan a la misma conclusión.

Lo cierto es que de nosotros depende poner el clima moral y político de España a su indispensable temperatura para que sea la preocupación de Europa, no renunciando a ninguna posibilidad de acción. Cuando estalló la sublevación fascista, ningún Estado se desentendió de nosotros para evitar nos asáramos en nuestra propia salsa. Se limitaron a darnos combustible a la medida de sus necesidades, para que la combustión fuera lenta y nos asáramos lentamente.

No empeemos nosotros por renunciar a ninguna solución histórica, y las guerras, civiles o internacionales, son soluciones históricas que se hacen indispensables, cuando la opresión de los Estados poderosos, o la de los dictadores, no deja paso libre a la libertad de los pueblos y de los hombres.

Quede bien claro que, el autor de estas líneas, con toda su insignificancia, no comparte ese criterio pacifista, coincidente con los de la paz bajo consigna moscovita, de que hay que evitar a toda costa la reproducción de la guerra civil. Si no hay otra salida, hay que recurrir incluso a la guerra civil para acabar con el terror franquista. Lo demás, no sabemos si será oposición al cambio, pero por lo menos es no merecerlo.

Y aquí estamos, dispuestos a merecer ese cambio. No queremos para Franco aquella satisfacción macabra del espadón Narváez que preguntado por el confesor, a la hora de la muerte, si perdónaba a sus enemigos, dijo: — ¿Mis enemigos? No sé si queda ninguno. A todos los he fusilado.

Se ha dicho que no hemos luchado para sentar plaza de ruso blanco en el exilio. Ni la muerte diaria de nuestros compañeros del interior, inermes

Países hermanos que hacen el primo

Meses atrás publicamos, tomándolas de un diario peronista de Buenos Aires, las cifras verdaderamente considerables que Franco adeuda a Perón, por el importe de casi todo cuanto éste le suministra.

Pero ignorábamos que el Español franquista había estado también a Méjico, de lo cual nos enteró el diario mejicano «Excelsior», quien, en su número del 8 de mayo, hablando de España, dice: «La falta de divisas extranjeras que sufre la imposibilidad para adquirir mercancías que necesita y la ha puesto en el caso de adeudarse cuatro millones doscientos mil dólares.»

Otro país hermano que ha hecho el primo. La hispanidad sirve para envenenar estafas. Franco sigue trampa adelante, diciendo para sus adentros: ¡Después de mí el diluvio!

Don Fernando y Don Francisco

las arterias. Perceptibles eran sus quebrantos en la palidez del rostro, en el ademán fatigado y en la postración intelectual.

En la introducción al pensamiento vivo de Francisco Giner, bullen, como en concentrada redoma, las ideas y los sentimientos cardinales que informaron la conducta y la obra de don Fernando de los Ríos. Es, al par, examen de conciencia y profesión de fe. Don Fernando cobra valor de paradigma en esta evocación emocionada y es como agua lustral su palabra y su hacer; pero cuando refiere su vida y resucita plásticamente su persona menuda, movible y luminosa, en la que se conjugaban severidad, ternura y sencillez, o cuando habla de sus inquietudes espirituales, de sus convicciones filosóficas, de la Institución Libre de Enseñanza y de su decisiva influencia en la formación de la conciencia civil española; o cuando alude a la congoja que devoraba a don Francisco al meditar en el destino de España y a su acendrado sentido del respeto y del honor y a su tolerancia hacia todos los credos y posiciones, don Fernando se da a sí propio en entrega plena y amorosa. En esa introducción palpitan sus graves preocupaciones religiosas, que a toda hora atormentaron su vida de cristiano erasmista; retorna a sus tesis políticas, económicas y sociales de otros tiempos, ratifica energicamente su fe socialista, y aflora vibrante su vocación pedagógica, siempre más fuerte en el que la vocación política. Y su humanismo, aquel humanismo suyo de insubornable raíz española y universal perspectiva, fecundado por una concepción ética del mundo, de la sociedad y del estado, fluye generosamente de su pluma y se derrama con renovados vigor y exquisitas fragancias. Nunca maestro alguno tuvo tan fervoroso discípulo. Ni nunca discípulo alguno fué tan leal a su maestro. Ambos se sofaron, se encontraron y se fundieron en un mismo sentimiento, en una misma conducta, en una misma visión y en un mismo pensamiento. Incluso sus limitaciones fueron las mismas.

Arterioesclerosis cerebral, diagnosticaron los médicos. No lo pongo en duda; pero nadie desentraña la verdadera causa de la muerte de don Fernando de los Ríos como doña Gloria Giner, su inconsolable compañera. «En estos momentos en que paso por una de las amarguras mayores de mi vida —le escribo a un amigo— manifestaciones de interés y de cariño tan sinceros como los suyos, son un gran consuelo. ¡Y qué gran soporte moral es también ver que, a pesar del tiempo y la distancia, se comparten estos dolores, que en este caso salen de la esfera familiar y alcanzan a tantas gentes que estuvieron ligadas a él por lazos sentimentales y espirituales muy profundos! ¡Cómo no, si ha sido siempre todo humanidad, comprensión y tolerancia! El pensar con obsesión en todos y en todo; el sufrir por todos; el sentir como propias las amarguras de los demás durante tantos años, tenían que acabar con su salud. Y, sin embargo, no hay que quejarse. ¡Qué mejor causa de enfermedad, ni qué mejor precio de una vida?»

No encuentro manera más bella y viril de rendirle tributo al maestro y al amigo, que recordar el verso inmortal de Antonio Machado en el elogio de Francisco Giner: — ¡Yunque, sonad; empuñad, campanas!

RAUL ROA

Imprimerie Spéciale de EL SOCIALISTA, 30, rue Sainte-Marcelle. Gérant: R. DONAS.

Primer aniversario de la muerte de Fernando de los Ríos

DON FERNANDO Y DON FRANCISCO

por Raul Roa

El 31 de mayo de 1949 fallecía en Nueva York nuestro querido amigo y correligionario Fernando de los Ríos, rodeado de sus familiares, y en medio del respeto y de la estimación de cuantos le conocieron. Al cumplirse el primer aniversario de la desaparición de aquel cerebro privilegiado, de aquel espíritu tan sensible al dolor y a la injusticia, EL SOCIALISTA ha solicitado la autorización de D. Raul Roa, publicista habanero, para reproducir en nuestras columnas la magnífica conferencia leída por su autor en el Liceum de La Habana el día 12 de agosto de 1949, y editada por la prestigiosa revista cubana «Bohemia», de tanta resonancia en toda América. El Sr. Roa titula su trabajo «Don Fernando y Don Francisco». Ya el título es una promesa. Leyendo esta disertación no quedarán defraudados nuestros lectores, y honraremos así del mejor modo una vida impecable entre los demócratas y los socialistas españoles.

O le fué dable a don Fernando de los Ríos irse de la vida en plena conciencia. En los últimos meses de su espantosa agonía, apenas si pudo articular torpemente frases pueriles. De pronto, sobre su existencia ya casi vegetativa se espesó la sombra y el silencio. Ni reconocía ni hablaba cuando los aromas, colores y arpegios de la primavera irrumpieron en su biblioteca solitaria estremeciendo sus libros abandonados y sus manuscritos inconclusos. Esa mañana reverberante de mayo, el correo trajo un ejemplar de su última obra, *El pensamiento vivo de Francisco Giner*, editado en Buenos Aires. Su amante y abnegada esposa, Doña Gloria, lo puso entre las manos trémulas de don Fernando. Cuéntase que lo acarició y que forcejeó desesperadamente por decir algo. Las dos fotografías de la portada — la suya y la de don Francisco — iluminaron de nuevo, tenuemente su mirada. Y en sus labios exangües floreció una leve sonrisa y le tembló la barba ya profusamente nevada. Fue la última vez que se le vio sonreír. Fue la última vez que fulguraron sus ojos. La muerte espiritual de don Fernando se fulguró apagado hacia dentro, trocándose en cenizas; pero la presencia de don Francisco — invisible rescolado — había obrado el milagro de reanimarlas fugazmente. En una evocación relampagueante, debió destilar ante él toda su vida, desde la cuna de «labores y esperanzas», a imagen de la del «viejo alegría de la vida santa»; y acaso debió ahogar también los ponientes morados de Ronda y los yermos encendidos de Castilla. Semanas después don Fernando de los Ríos se extinguió su saber. No tuvo la fortuna de Sócrates que aguardó la ciudad dialogando serenamente con sus discípulos. Ni la suerte de don Miguel de Unamuno de entregarse al sueño sin sueños en la tierra natal. Español del exodo, su destino era el de Antonio Machado, Manuel Azaña, Demófilo de Buen, Marcelino Domingo, Ignacio Bolívar y Joaquín Xirau. Pero moría, como don Francisco, entre el jubilo candor de los chichuelos y el melódico pjar de los pajarillos. Y, como don Francisco, se iba «por una senda clara y hacia otra luz más pura», a donde «lleva quien deja y vive el que ha vivido».

Ni que advertir tengo que he de hablar más de don Fernando que de don Francisco; más siempre ha de estar presente aquel que ansiaba, entre pinos verdes y mariposas doradas, «un nuevo florecer de España». Gran parte de lo que fue don Francisco se hizo carne y espíritu en don Fernando, y casi cuanto éste dijo eco de don Francisco. Y, en la evocación de don Fernando, a veces habrá, necesariamente, de desgranar recuerdos míos que también fueron suyos. Plumíferos a paga intentaron menoscabar el prestigio político de don Fernando de los Ríos cuando ya, por su quebrantada salud, no podía defenderse. Se le difamó cobardemente, en la prensa falangista de alende y aquende, sin miramiento de ninguna índole. No son españoles, ni pueden ser españoles, los que, al difundirse la noticia de su muerte, impidieron, mediante la censura, la amenaza o la cárcel, que el pueblo español mostrara su duelo. Conviene precisar una vez más, ni Francisco es España, ni España es «el cementerio bajo la luna» a que ha sido temporalmente reducida con la consiguiente manifestación de las llamadas potencias democráticas. España no es eso. Como tampoco es la encomienda, la inquisición o la espada. España es el pueblo que ha podido engendrar símbolos como don Quijote y hombres como don Fernando de los Ríos. España es el pueblo que se dio a sí mismo al fundar veinte naciones afanosas de abrirse surco propio en la historia y de liberarse de la oprobiosa tutela de un imperio corrompido, desahogado y cruel. España es el pueblo que se batió solitario y altivo y fatigó la proeza en Madrid, Guadalajara y Teruel en defensa de todos los pueblos. España es el pueblo que más rédito en sangre ha pagado por haber querido ser el que es.

Si don Fernando de los Ríos se fundió simbólicamente en la hora dolorosa de su tránsito con la España auténtica y la esencia intranferible de lo español, es porque fue fiel, en su pensamiento y en su conducta, a la vocación humana de su tierra. No le fluita en balde la sangre de don Francisco Giner y no en balde fue su discípulo predilecto y uno de sus herederos legítimos. A la vera iluminada del apostólico maestro español, se formó su conciencia y penetró en el mundo de las ideas con un claro sentido de la subordinación de éstas al mejoramiento humano. Cierta es que desde niño, su madre, doña Fernanda — que le sobrevivió rondando ya el cementerio — le inculcó el amor a los humildes y a los desvalidos. Muchas veces le refirió que solía pasear por las playas gaditanas de la mano de Fermín Salvochea, el fundador del anarquismo en Andalucía. Ya adolescente distribuía pan y queso entre los pobres del vecindario y muchas veces compartía sus agobios y sus alegrías a la vaga luz del quinqué. Pero los gérmenes de su concepción humanista del socialismo, que empezarán a desarrollarse en su libro *La Filosofía del Derecho en Don Francisco Giner y sus relaciones con el pensamiento contemporáneo*, se nutrieron, principalmente en la Institución Libre de Enseñanza. Nada lo verificaba más cumplidamente que estas palabras suyas en *El Sentido Humanista del Socialismo*: «La génesis psicológica de este libro es transparente. Desde los días, lejanos ya, en que estudiaba en la Universidad de Marburgo al lado del gran filósofo Cohen, fué adhiriéndose de mi conciencia una convicción que, tomando por base el humanismo jurídico y político de mi amado maestro español don Francisco Giner y las doctrinas del propio Cohen, me llevó a conclusiones que lejos de ser desarraigadas con el tiempo, como ha acontecido en no pocas cuestiones, han enraizado más y más en mi ánimo con el decoro de los años y la experiencia de ellos extraída. Lo que en un comienzo fué no más que visión teórica, llegó a ser más tarde, por apremios internos de la conciencia moral, algo que quizá pudiera denominarse pragmática política, esto es, una orientación para la conducta del Estado y un ideal pródigo de vitalidad para el ciudadano. No sólo no rehuyo en la obra la invocación de lo humano, sino que lo tomo como punto de arranque, porque cada día hallo nuevos motivos para juzgar, más de deseable, imminente, el que se reconozca que sólo desde ese luminoso continente del espíritu nos es dable construir algo que no sea en sí mismo falaz».

De la Institución Libre de Enseñanza gustaba charlar largo y tendido con don Fernando de los Ríos. Se señalan papeles en la formación de la conciencia cultural y ética de la España nueva. La significación de Julián Sanz del Río y del movimiento krausista en ese proceso eran temas que atraían preferentemente su atención en el coloquio. Contaba Joaquín Xirau que, recién llegado a Madrid, ilusionado por el alto prestigio y la resonancia de la Institución Libre de Enseñanza, le preguntó un día a Manuel Bartolomé Cossío en qué consistía aquella entidad misteriosa y enigmática. Y Cossío le contestó resuelto e irónico: «Nada, nada. La Institución no es nada».

Nada era, en efecto, desde el punto de vista material. No era más que una escuela instalada en una casa modesta del Paseo del Obelisco y en cuyo primer piso se alojaban don Francisco Giner de los Ríos, don Ricardo Rubio y don Manuel Bartolomé Cossío que, en íntima convivencia familiar, orientaban y dirigían las actividades de aquel minúsculo rincón. La Institución había iniciado sus labores en la calle de Esparteros. El creciente aflujo de alumnos obligaría en 1880 a trasladarla a una casa más amplia. Fue en esa época que se decidió la construcción de un edificio propio. Se diseñaron los planos, se justificaron los fondos, se compraron los terrenos y se comenzaron las obras. Pero fué también el crítico momento en que la Institución resolvió independizarse de los programas y del tipo de exámenes vigentes en la enseñanza oficial. Las consecuencias de esa audaz determinación repercutirán inmediatamente en la matrícula. La Institución, en graves aprietos económicos, se vio precisada a renunciar a su edificio propio, a reducir los gastos y a confinarse en el modesto local en que la conoció Joaquín Xirau. Aquellas privaciones acentuaron aún más el timbre moral de sus enseñanzas.

No es posible valorar la obra de la Institución sin conocer las razones de su fundación y la situación en que quedó España al restaurarse la monarquía tras el golpe de Pavía y el llamado grito de Sagunto: España se embardó de ilusiones al proclamarla la primera República. La fermentación de ideas que la hizo viable tuvo sus núcleos más activos en los krausistas encabezados por Sanz del Río y en el movimiento federal promovido en toda España y particularmente en Cataluña por la praxista infatigable de Francisco Pi y Margall. Varios años de reformas liberales en las costumbres públicas, en la organización del estado y en el régimen de Universidades habían contribuido a renovar el contenido espiritual de la vida española. La caída de la República significó la vuelta a la España que había satirizado despiadadamente Mariano José de Larra. Nadie de la encarna mejor que Cánovas del Castillo. Uno de los primeros actos del ministro de Fomento, el marqués de Oroviwo, fué promulgar un decreto, copia textual del de Calomarde al restablecerse el absolutismo, exigiendo a los profesores universitarios su expresa adhesión a la monarquía y a la iglesia. La más sobresaliente representación de los claudros hizo constar su repulsa y su negativa a someterse a prescripciones que juzgaba atentatorias a la libertad de enseñanza y a la dignidad humana. Numerosos profesores fueron separados de sus cátedras y algunos encarcelados. Entre los profesores que dirigían

la protesta figuraba don Francisco Giner. Gravemente enfermo fué sacado por la guardia civil de su cama y arbitrariamente recluido en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. Horas antes Cánovas del Castillo le había enviado a su subsecretario a fin de disuadirle de su actitud con la formal promesa de que el decreto del marqués de Oroviwo «no tendría efectividad alguna y que, en definitiva, no se haría nada». Pero don Francisco Giner se limitaría a replicarle: «Dígame a Cánovas que me lo diga en la Gaceta».

En la cárcel maduró D. Francisco su ya decidido propósito de fundar un centro libre de enseñanza con los profesores depuestos. La Institución nació, pues, de «la comunión de unos pocos espíritus afines y libres y como protesta contra la persecución espiritual y el dominio ejercido por el Estado y la Iglesia en la enseñanza oficial». El objetivo céntrico de la Institución era contribuir, mediante la educación intelectual y moral, a la reforma general de la vida española. Si bien es cierto que trató de «atraer y conservar un grupo selecto de personas capaces de sentir con pasión la gravedad del destino y de consagrar la vida entera a los menesteres del espíritu con independencia de todo interés inmediato y de todo afán de poder, para levantar progresivamente el nivel de la cultura hispana a la altura de los tiempos», no lo es menos que intentó influir y orientar en la solución de los problemas políticos y sociales. La Institución fué, a la vez, forja de voluntades, vivero de inquietudes y espejo de ciudadanos. Se preocupó ahincadamente de la educación de la mujer y sostuvo relaciones constantes con las figuras más empuñadas del profesorado inglés, alemán, francés, belga y portugués. La Institución aceleró el despertar de la España nueva y recogió y articuló todas las palpitaciones de la vida intelectual y científica de la época. La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, palanca impulsadora del renacimiento espiritual de España en los últimos cincuenta años, es la culminación de las actividades de la Institución. En cierto modo, la República del 11 de abril fué hija de esa heroica y abnegada labor.

De la Institución Libre de Enseñanza, salió don Fernando a someterse al severo aprendizaje de las Universidades alemanas. La Alemania de entonces era radicalmente distinta a lo que sería bajo el signo tenebroso de la swástica; un inmenso presidio de la inteligencia y de las masas populares en el orden nacional y una maquinaria de piratería en el orden internacional. La Alemania de entonces era, no obstante su estructura imperial, una afanosa columna de hierro y fragua encendida del espíritu europeo. Fernando de los Ríos sorbió las más acendradas esencias del pensamiento filosófico alemán en Jena con Eucken y ratificó en Marburgo, de labios de Hermann Cohen, que «la idea del fin de la humanidad se convierte en la idea del socialismo y que todo hombre se define como fin en sí mismo, como fin propio». El pueblo que dio direcciones nuevas y cardinales al espíritu humano, que proclamó la paz perpetua con Kant y la justicia social con Marx, no debe pues, con el régimen cavernario que lo sojuzgó y deformó y pretendió deformar y sojuzgar la humanidad.

Con el regreso a Madrid, don Fernando de los Ríos se incorporó, con el tenso fervor de la juventud, a la querrela irreconciliable entre la España oficial y la España vital, entre la España que tramontaba y la España que amanecía. La generación del 98, que se planteó este conflicto en toda su magnitud sin aportar elementos de solución, tuvo en él a uno de sus milites más bizarros. Incorporado poco después a la docencia en la Institución Libre de Enseñanza, obtuvo, en 1911, la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Granada. El Partido Socialista Obrero no demoraría mucho tiempo en exaltarle a su dirección y la Universidad Central de Madrid lo acogería alborozada en 1930.

Como profesor, don Fernando luce la misma estatura de don Francisco. No le aventaja éste en efusión ponderada, en sapiencia vivaz, en amor a la verdad, en culto a la belleza, en afán de justicia. La tarea docente no se concretó nunca en don Fernando a la hora de clase, ni a servir, durante ésta, una razón burocrática de conocimientos que el estudiante rumiaría luego en casa para devolverla, mecánicamente, en los exámenes. El magisterio fue en él, por lo contrario, la sustancia misma de su vida, su actividad primaria y permanente. Yo recuerdo haberle oído una emocionada remembranza de su vida de relación con sus discípulos dilectos. Su clase terminaba usualmente en los románticos arrabales de Granada. Nunca se cansó de administrar el «santo sacramento de la palabra».

La obra de don Fernando de los Ríos como pensador político es extensa y rica en sustancia. No es posible adentrarse ahora en el examen crítico de libros suyos tan fundamentales como *La Filosofía Política en Platón, La Crisis de la Democracia y Mi Viaje a la Rusia Sovietista*. Si quiero, de todas maneras, centrar mi atención un momento en lo que constituyen, y a mi juicio, sus aportes más relevantes al pensamiento político y social de nuestra época: su interpretación de la España del siglo XVI y su concepción humanista del socialismo.

En lo que a la primera cuestión respecta, don Fernando de los Ríos no sólo concluye que en el Estado-iglesia organizado en España en el siglo XVI se halla simbolizada una tendencia permanente en el Estado, sino que postula también que «si América ha de representar algo nuevo en la historia, algo fecundo e innovador espiritualmente, no podrá conseguirlo sino superando el dualismo europeo en aquella edad, resolviendo en unidad lo que Reforma y Contrarreforma subrayan como opuestos, relacionando de un modo nuevo la conciencia que en el siglo XVI quedó desgarrada». Este trabajo, leído por su autor en el Congreso de filosofía efectuado en Harvard en 1926, resulta indispensable para la correcta comprensión de algunos rasgos característicos de esta hora.

Don Fernando de los Ríos sustenta su concepción del socialismo en una interpretación del humanismo que diverge, parajamente, de la de Ramiro de Maeztu en su obra *La Crisis del Humanismo* y de la del malogrado Anibal Ponce en su libro *Humanismo Burgués y Humanismo Proletario*. Según él, la concepción humanista representa «la síntesis originaria en que se contiene orgánicamente la idea de la finalidad armó-

nica de los seres». Este concepto, que supone la realización de lo universal humano como lo humano peculiar en cada individuo, es el sustentáculo de su tesis socialista. «El socialismo humanista — resume don Fernando — aspira a superar el Estado actual mediante la humanización de la economía tanto por la generalización de la responsabilidad de las acciones cuanto por el ennoblecimiento que a la profesión aporta ser el fruto de la vocación. Es así interesado al hombre en sí mismo, como puede renovarse la íntima y pura alegría del vivir y conseguir que retornen a los nidos del ideal anhelos hoy sin hogar. Es, pues, el socialismo así concebido, un modo de refrescar y espiritualizar las almas y, a causa de ello, una forma de abrir cauce dilatado al sentimiento, hoy soterrado, de la religiosidad del vivir».

Esta concepción del socialismo difiere en la fundamentación teórica, en la ética, y en los objetivos de la concepción marxista, a la que considera lastrada por su objetivismo mecanicista y económico. No es esa la oportunidad de controvertir este punto de vista, ni de mostrar, como prueba en contrario, independientemente de la perspectiva política que se adopte, que la formulación de la pluralista posee un hondo contenido ético y que el socialismo científico conlleva una filosofía de los valores de insospechada riqueza ideal. Ni se trata, en este caso, del complejo y candente problema que plantea a la propia teoría marxista el pregonado «socialismo soviético». Lo que importa es que, sobre los reparos que pudieran hacerse a la dirección humanista del socialismo, ésta propone una visión original y específicamente española del problema básico de nuestra época.

La posición y la conducta de don Fernando de los Ríos en la vida pública de España es sobradamente conocida en Cuba. Militante del Partido Socialista Obrero desde sus años juveniles, la dictadura pretoriana y montañesa de Primo de Rivera le contó entre sus más denodados adversarios. La juventud universitaria española tuvo entonces en don Fernando de los Ríos a un profesor de Derecho Político que enseñaba con el ejemplo, como correspondía a quien había predicado que, si la ciencia es cosa de conciencia, la ejemplaridad civil es conciencia de la ciencia. Al instaurarse la República en España, don Fernando de los Ríos fué llevado por el Partido Socialista Obrero, a los cargos de mayor representación y responsabilidad. Fué sucesivamente, diputado a las Cortes Constituyentes, rector de la Universidad Central de Madrid y ministro de Educación, de Justicia y de Estado. Puede afirmarse que, en todo instante, don Fernando de los Ríos se ofreció a sus deberes públicos como a una cruz.

Conoció a don Fernando en su primera visita a Cuba. Fue en 1926 y era yo a la sazón estudiante. Venía invitado por la Universidad de La Habana a ofrecer un ciclo de conferencias. No olvidaré nunca su negra barba nazarena, ni la óptica personalísima, la técnica rigurosa y la gracia discursiva con que nos introdujo su palabra a proceder en la problemática política de nuestro tiempo. Su afilado con rapunteeo de Marti y Spengler suscitó fecundos debates en los círculos académicos, culturales, estudiantiles y obreros. Fué visita diaria suya en aquellos días en que ya asomaba la garra mocha de Gerardo Machado. Se interesó vivamente en las preocupaciones y afanes de la juventud universitaria. Me exhortó a estudiar a fondo a Marti.

«¡Qué inagotable cantera la de su pensamiento político! — me dijo una vez—. ¡Qué excelso arquetipo para la vida moral! En mi hogar de España suelo leer en alta voz a mi madre, a mi mujer y a mi hija sus discursos, sus versos y sus cartas. Muchas veces, en instantes de amargura civil o de desaliento espiritual, la lectura de Marti me ha servido de asilo y de espuela... ¡Qué gran español este invitado caballero de la libertad cubana! Unanimo lo advertiré antes que nadie. Marti no es un hombre que habla como un libro. Es un libro que habla como un hombre. ¡Y qué hombre, mi joven amigo, qué hombre!»

Momentos antes de su partido un grupo de profesores y estudiantes le rendimos un cordial homenaje. Sus palabras fueron una incitación al estudio, al trabajo y a la lucha: «¡Jóvenes: quien pierde la mañana pierde la tarde. Quien pierde la juventud pierde la vida. ¡No perdáis la mañana ni la juventud, por Cuba y por vosotros!»

La segunda visita de don Fernando de los Ríos duró breves horas. Regresaba presurosamente a España ya conmovida por las protestas estudiantiles y populares. Esta vez desentrañaría, en disertación memorable, el sentido de la vida en Marti, «la personalidad más conmovedora, patética, y profunda que hasta ahora ha producido el alma hispana en América». Marti apareció ante nosotros en su verdadera jerarquía humana y en su dramático dualismo espiritual, clave de su credo romántico y de su fe en la razón. Aún resuena en mis oídos aquella trágica interrogación que hubo de plantear a su enfervorizado auditorio: «¿Vive Marti en la vida colectiva como ansió vivir? ¿Es su recuerdo y advocación ética la fuente de donde mana el ideal de vida que dió sentido a su existencia y valor simbólico a su muerte? Y aún resuena también sus palabras finales: «¡Marti! Jerarca eterno del alma cubana, luz en la noche, recibe en este día la ofrenda comovida y filial, no de la España oficial que te hiciera sufrir, sino de la España que tú amaste; de la que, como tú, maestro, vivió y vive acogida por hambre y sed eterna de justicia».

Fluyó el tiempo en España y en Cuba. Cayó Primo de Rivera. Advino la República en comicios ejemplares. Un día como hoy, la sangrienta satrapía de Machado fué derribada por el empuje incontrastable del pueblo y de la juventud estudiantil. Estalló en España la guerra fascista de invasión con el vil contubernio de las potencias democráticas. Don Fernando de los Ríos fué designado embajador de la República en Washington y allí la sirvió sus vacilaciones ni reservas. A su voluntad tesonera y a su fervor sostenido, se debería la honda repercusión popular que tuvo en Estados Unidos la causa republicana. Fué en esa coyuntura memorable que vino a Cuba invitado por la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español. Esa vez nos trató, por la representación que ostentaba, junto con su espíritu y junto con su voz, el espíritu y la voz de España. Su palabra se alzó vibrante ante un arremolinado enjambre

de cabezas en el Stadium de La Polar, la arena cubana del antifascismo, donde los miriades de la barbarie corporativa y del cesarismo totalitario recibieron, en toros de masa, banderillas de fuego y estocadas a fondo. ¿Y quién de los que le escuchamos podría olvidar su lírica evocación de Pablo de la Torriente-Brau en el Anfiteatro Enrique José Varona de la Universidad de La Habana?

«Acabo de leer — comenzó diciendo — las cartas españolas de este joven cubano que dió generosamente su sangre por redimir la patria mía. Su limpieza de alma y su coraje indomable han traído las lágrimas a mis ojos. No, no vengo a hacer un discurso. Traigo una corona de siemprevivas como tributo a Pablo de la Torriente-Brau, que depositaré conmovido en vuestros corazones».

Se cumplan tres lustros de su primer contacto con nosotros cuando arribó de nuevo don Fernando invitado por la Universidad de La Habana. Ya la República española había sido brutalmente destruida por la traición y la violencia y don Fernando de los Ríos, como tantos otros, despojado de su cátedra. Cúpome el alto honor de darle la pública bienvenida en nombre de nuestra bicentenario institución. Le habla yo conocido en 1926 como profesor de la Universidad de Granada. No podía serlo en 1941 de ninguna Universidad española. ¿Qué mutación profunda había acontecido en la estructura subyacente del mundo para que hecho tan monstruoso se hubiera producido? ¿Por qué razón estaba don Fernando de los Ríos impedido de fecundar con su vasto saber la conciencia de la juventud española?

Harto visibles están aún los motivos. Don Fernando de los Ríos no podía enseñar en ninguna Universidad española porque el fascismo se había adueñado de España. Y ya se sabe lo que esto entraña para la vida de la cultura. Fascismo y dignidad humana son constitutivamente incompatibles y se excluyen recíprocamente. Se le expulsa, pues, por culto y por digno, de los claustros universitarios españoles, repletos ahora de homúnculos y zánganos, rodilla en tierra y cabeza en el abdomen ante el zafio gocejo del Caudillo. Quince años atrás cabía don Fernando de los Ríos en la Universidad española sin merma alguna de su dignidad humana y de su conciencia científica. Caba también en esa época Alberto Einstein en la Universidad alemana. La disidencia política no se castigaba todavía con el ostracismo, el campo de concentración o el pique de fusilamiento. Todavía existía lugar en el mundo para la discrepancia. Aún la camisa de fuerza de la intolerancia totalitaria no había logrado someter la Universidad española ni la Universidad alemana; pero las fuerzas enemigas de la cultura, de la democracia y del socialismo pugaban ya sordamente, en el seno de España y en el seno de Alemania, para abrirse paso y señorear, con ímpetu demoníaco, sobre ambas y sobre el mundo.

Oído puesto en el recóndito latir del subsuelo de la historia, don Fernando de los Ríos hubo de advertirlo con acento que pudo a la sazón parecer sibilino. «La ruptura de la unidad de la conciencia humana generada en el renacimiento — profetizó en 1926 — no tardará en llegar a su trágica culminación». El Estado-poder, nacido en el siglo XVI y exaltado por Maquiavelo, el Dios mortal de que hablara Hobbes en el XVII y Hegel pusiera dialécticamente en marcha en el XVI, estaba en proceso de cuajo totalitario. Italia, tierra clásica del crecimiento de la humanidad en el hombre, era ya erial asfixiante. El secuestro de la conciencia individual por el Estado fascista — nada fuera de éste, todo dentro éste, todo para éste — había agotado su prodigiosa capacidad creadora en el arte, en la literatura, en la política y en el derecho. Uno de los pueblos más parleros del mundo entró en la mudez atorradora del sepulcro. Sólo una voz, la del amo, se alzaba sobre aquel cementerio de conciencias amozazadas, ordenándoles alinearse sumisamente en torno a su voluntad inapetible. Las graves implicaciones sociales y culturales de este silencio impuesto externamente fueron despreciadas por muchas cabezas egregias que luego las sufrirían en su carne y en su espíritu. Mussolini era una caricatura melodramática de Julio César y su régimen un efímero ensayo de absolutismo modernista. La frialdad del intento no resistiría al desdén de la flor de la cultura europea.

Contra esa actitud irresponsable se irguió don Fernando de los Ríos; pero no se ciñó a denunciar la tendencia opresiva y disociadora contenida en la estatolatría de nuevo cuño. Afirmó también categóricamente que ese fenómeno, resultante de un compromiso artificial, era signo inequívoco de un mundo en decadencia y no indicio del nuevo que se estaba gestando en su panza pufreca. No bastaba, sin embargo, anhelar pasivamente ese mundo germinal para que el mundo agonizante se disolviera. La historia nunca da nada por añadidura. La humanidad no ha logrado jamás un estado social y cultural mejor sin previa lucha. Cada nuevo estado ha sido siempre hijo del querer; pero el querer carece de sentido sino está al servicio de una concepción justa de los fines de la vida humana. Las revoluciones genuinas, aquellas que han impulsado el proceso histórico hacia formas superiores de convivencia, lo fueron porque en sus banderas desplegadas llevaban inscriptos los valores permanentes del espíritu. Por eso, sin duda, hubo de exhortarnos don Fernando de los Ríos al hablar de Marti a defender a toda costa la libertad de conciencia y a «poner la justicia tan alta como las palmas». Análoga significación reviste hoy en Cuba la lucha contra el GRAS; instrumento represivo de típica factura fascista.

En su curso sobre la actual descomposición política del mundo, desarrollado en nuestra Universidad en 1941, Fernando de los Ríos recordó sus deseadas previsiones de 1926, 1928 y 1933. Volvía esta vez despojado de su cátedra y de su ciudadanía por quienes, en sangriento maridaje con Hitler y Mussolini, habían instaurado en España el terror como esencia del poder. Apuntaba ya la vejez prematura en las barbas y su mejor sin previa lucha. Cada nuevo estado ha sido siempre hijo del querer; pero el querer carece de sentido sino está al servicio de una concepción justa de los fines de la vida humana. Las revoluciones genuinas, aquellas que han impulsado el proceso histórico hacia formas superiores de convivencia, lo fueron porque en sus banderas desplegadas llevaban inscriptos los valores permanentes del espíritu. Por eso, sin duda, hubo de exhortarnos don Fernando de los Ríos al hablar de Marti a defender a toda costa la libertad de conciencia y a «poner la justicia tan alta como las palmas». Análoga significación reviste hoy en Cuba la lucha contra el GRAS; instrumento represivo de típica factura fascista.

Tuve el privilegio de la intimidad y del cariño de don Fernando de los Ríos. Juntos hicimos un pintoresco periplo a Trinidad. Y juntos recorrimos sus calles pavimentadas con chinas pelonas, sus casas coloniales, sus alejados paradisíacos, charlando de vinos, mujeres, cuadros, jardines, iglesias y toros. Le oí cantar guajiras y le ví bailar flamenco. En New York lo visitaba frecuentemente. A mi llegada, me invitó a una recepción que ofrecía a los profesores de la *New School for Social Research*, donde ingresó a raíz del desplome de la República. Mi primera visita a Henry Allen Moe, secretario de la Fundación Guggenheim, la hice en su inolvidable compañía.

Valle la pena recordarla. Fulmos, naturalmente, en bus, Don Fernando vivió en perpetuo reniego de la técnica. El subway le repugnaba. El avión lo sacaba de quicio. Y de todo eso hablabamos en el camino. No faltaron, desde luego, las referencias al Cusano, a la ruptura de la unidad de la conciencia europea, a José Martí, al socialismo humanista y a los cultos analfabéticos. A la vuelta, don Fernando, antes de tomar el bus, me llevó a la librería Brentano. ¡Qué maravillosos incunables y qué precios astronómicos! Y decidimos, en vista de la penuria que padecíamos, salir a ocrearnos el espíritu, caminando un largo trayecto entre una torrentera de faldas, perfumes, empujones y hedores.

De nuevo tomamos el bus. Y volvimos de nuevo a los paralelismos.

—Mire usted, — me dijo de pronto — el Empire State no vale lo que una hamaca.

Y siguió de esta guisa:

—Una vez, en mi ya lejana mocedad, deambulaba yo por



FERNANDO DE LOS RIOS

de nuevo, y ya por última vez, visitó a Cuba don Fernando de los Ríos en 1943, como miembro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, convocada por nuestra Universidad a iniciativa del esclarecido hombre de ciencia y entrañable amigo don Gustavo Pittaluga, que sobrevivió su destierro entre nosotros con la dignidad propia de su alta jerarquía intelectual y el coraje de un español entero y verdadero. La palabra y el pensamiento de don Fernando de los Ríos destellaron sus más nobles luces durante aquellos diez días que estremeron a Franco. Y de nuevo asimismo le caló a Marti los estratos más profundos de su espíritu. Pocas veces le oí hablar con tanto patetismo y con tanta solemnidad, como en ese trance. Parecía como oficiando en un púlpito laico.

Tuve el privilegio de la intimidad y del cariño de don Fernando de los Ríos. Juntos hicimos un pintoresco periplo a Trinidad. Y juntos recorrimos sus calles pavimentadas con chinas pelonas, sus casas coloniales, sus alejados paradisíacos, charlando de vinos, mujeres, cuadros, jardines, iglesias y toros. Le oí cantar guajiras y le ví bailar flamenco. En New York lo visitaba frecuentemente. A mi llegada, me invitó a una recepción que ofrecía a los profesores de la *New School for Social Research*, donde ingresó a raíz del desplome de la República. Mi primera visita a Henry Allen Moe, secretario de la Fundación Guggenheim, la hice en su inolvidable compañía.

Valle la pena recordarla. Fulmos, naturalmente, en bus, Don Fernando vivió en perpetuo reniego de la técnica. El subway le repugnaba. El avión lo sacaba de quicio. Y de todo eso hablabamos en el camino. No faltaron, desde luego, las referencias al Cusano, a la ruptura de la unidad de la conciencia europea, a José Martí, al socialismo humanista y a los cultos analfabéticos. A la vuelta, don Fernando, antes de tomar el bus, me llevó a la librería Brentano. ¡Qué maravillosos incunables y qué precios astronómicos! Y decidimos, en vista de la penuria que padecíamos, salir a ocrearnos el espíritu, caminando un largo trayecto entre una torrentera de faldas, perfumes, empujones y hedores.

De nuevo tomamos el bus. Y volvimos de nuevo a los paralelismos.

—Mire usted, — me dijo de pronto — el Empire State no vale lo que una hamaca.

Y siguió de esta guisa:

—Una vez, en mi ya lejana mocedad, deambulaba yo por

(Termina en la 3ª. pag.)